

Construcción de representaciones e identidades en relación a la inseguridad delictiva en un barrio periférico de ciudad de Resistencia: El caso de Villa Prosperidad

Oscar Luis Pyszczek

Instituto de investigaciones Geohistóricas-CONICET-UNNE

Correo Electrónico: luis_unne2@hotmail.com

Resumen

El fenómeno de la inseguridad delictiva urbana, ha pasado a convertirse en una de las principales cuestiones no resueltas y prioritarias para la sociedad argentina en su conjunto.

Con el objetivo de exponer el proceso en el cual, diversos sectores urbanos adquieren paulatinamente rasgos identitarios en relación a la inseguridad delictiva y se configuran como espacios estigmatizados por la delincuencia y el riesgo delictual; la presente investigación propone *indagar la conformación de espacios percibidos como inseguros, y estigmatizados socialmente por diferentes actores*. El área de estudio está representado por un barrio de la ciudad de Resistencia, capital de la provincia del Chaco: es el caso de Villa Prosperidad.

La metodología empleada de tipo cualitativa, supuso la realización de entrevistas en profundidad a funcionarios policiales, informantes claves y vecinos de la villa; como así también indagar los orígenes del barrio y su evolución geo-histórica. La investigación invita a reflexionar sobre los estigmas y las diferentes formas de construcción de la problemática de la inseguridad.

Introducción

Desde una perspectiva conceptual, la seguridad cuenta con tantos matices que nos invita a presentarla como una realidad poliédrica (Ruiz y Vanderschueren, 2007). No es sólo un valor jurídico, normativo o político, también lo es social, pues se asienta en la base del bien común de las sociedades para el desarrollo justo y equitativo de todos sus integrantes. Como valor es uno de los pilares primordiales de la sociedad, se encuentra en la base de la libertad y la igualdad; y contribuye al desarrollo pleno y equitativo de los individuos.

La violencia urbana afecta a la calidad de vida de las personas de una manera determinante. El miedo y la inseguridad derivados de ella, en sus aspectos emocionales más básicos, son una de las problemáticas inherentes a la vida urbana de las sociedades postindustriales. Estas percepciones no sólo alteran y condicionan los hábitos de las personas que viven en las ciudades, tanto de manera general, devaluando su libertad y su calidad de vida, inhibiendo sus hábitos sociales, condicionando el desarrollo de algunas de sus actividades; como individualmente generando estrés, ansiedad, reducción de movilidad, rechazo de contactos sociales, etc.; sino que además contribuyen al establecimiento o modificación de los lazos afectivos que establecen los propios individuos con el territorio más próximo a ellos.

Entre los discursos sociales urbanos, frente a la inseguridad, muy especialmente durante los treinta últimos años, se han consolidado diferentes tipos de propuestas relacionadas con la seguridad, y de una forma más concreta, con la seguridad ciudadana.

La seguridad pública es aquella garantizada por los servicios dependientes del Estado, que se concreta funcionalmente en aquellos tipos de servicios que prestan los diferentes cuerpos de policía, además de los tribunales de justicia, con la finalidad de mitigar los comportamientos violentos y las diferentes clases de delincuencia.

El concepto de seguridad ciudadana por supuesto también alude a la búsqueda de seguridad contra la ocurrencia de hechos violentos o delictivos, pero a diferencia de la pública, participan

en ella nuevos actores sociales. Desde la seguridad ciudadana se asume que otras instituciones locales y estatales, y sobre todo los propios beneficiarios, es decir los habitantes de las ciudades, las organizaciones vecinales y de barrio, y en definitiva la propia sociedad civil, contribuyan a su consecución, desempeñando un importante y destacado rol. El énfasis en la seguridad ciudadana corresponde a los individuos, desbordando los marcos estatales y los diferentes agentes de control social.

Cuando los individuos se incorporan como agentes activos a la coproducción de la seguridad en las ciudades, la cultura de la prevención y las instancias formales se revalorizan, llegando a constituir uno de los aspectos clave para el combate de la criminalidad y la violencia.

Hoy día, un acuerdo bastante generalizado para la gobernabilidad de la seguridad ciudadana propone un marco operacional necesario que debe contemplar, al menos, los siguientes aspectos (Velásquez, 2007):

- *El análisis de la conflictividad en la toma de decisiones en materia de seguridad ciudadana.*
- *El mapa de los actores estratégicos de la seguridad ciudadana.*
- *Los espacios o nodos de actividad y conflictividad entre actores estratégicos que afectan a la toma de decisiones o la situación de seguridad.*
- *Las reglas que rigen en la relación entre los estos actores.*

Dentro de este marco se produce una revalorización del territorio, y de la plasmación en él de las relaciones que se dan entre los diferentes actores, emergiendo el paradigma de la “geopreención” como estrategia eficaz para combatir la violencia urbana.

Delimitación de la problemática.

“El delito y la preocupación por la inseguridad conocen un curso ascendente en las últimas dos décadas. Se ha instalado como un problema público central, se ha transformado en un tema de conversación habitual, ha pasado de su lugar tradicional en los medios populares, a las páginas centrales de los considerados más prestigiosos, ha sido fuente de una constante demanda hacia el estado y dinamizado un constante mercado” (Bergman y Kessler 2008: 214).

La inseguridad delictiva urbana, se ha transformado en uno de los problemas más acuciantes de la vida moderna y no conoce fronteras ni tampoco soluciones definitivas en los albores del nuevo siglo.

Las manifestaciones espaciales, derivadas de la percepción de inseguridad y particularmente notorias dentro de las urbes, perfilan áreas asociadas al peligro, al miedo de transitarlas, que son generadas y consensuadas en el tejido social, al margen de que ocurran frecuentes hechos delictivos. El “*consenso social*” que se establece abarca diferentes actores sociales que alinean sendas perspectivas referidas a los diferentes sitios de la ciudad y lo catalogan - algunas veces de manera referencial - a algún hecho delictivo y otras veces etiquetan inconscientemente, por resultados de comentarios acerca de la peligrosidad de los sitios. La sumatoria de percepciones negativas de los agentes sociales; asienta espacios estigmatizados por la inseguridad, entendidos como *aquellas porciones urbanas con una carga perceptivo-emocional acoplada de manera automática a la toponimia de los barrios.*

La existencia y expansión de áreas intraurbanas diferenciadas por sus altos índices de peligrosidad, que se levantan como “espacios de riesgo y miedo”, caracteriza y acompaña la evolución de las capitales y ciudades de toda América Latina. En este sentido la ciudad de

Resistencia, que conforma el marco espacial de la investigación, no es la excepción y muestra una significativa segmentación de espacios urbanos como resultado de la sensación de inseguridad. Esta localidad es la capital provincial con el mayor número de habitantes en el Nordeste Argentino y ha registrado en las últimas décadas una acelerada expansión de su superficie construida, alimentada por contingentes de población expulsada del interior rural y de otras provincias.

Las perspectivas que guiarán la investigación adhieren a los postulados de dos corrientes de pensamiento surgidas en la disciplina geográfica en la segunda mitad del siglo XX: la Geografía de la Percepción y la Geografía Humanista, que comparten la concepción del espacio geográfico como un espacio relacional, un producto social que resulta de las prácticas y representaciones de múltiples agentes individuales y colectivos.

El examen a nivel urbano y luego a nivel de barrios, tiene por objetivo mostrar el contexto formal y funcional, de la dinámica de la percepción de seguridad ciudadana y su sectorización; mientras que desde una escala mayor, se pretende una aproximación a los factores generadores de las manifestaciones espaciales de la inseguridad y sus repercusiones en la vida cotidiana, como así también indagar acerca de los procesos de estigmatización de espacios.

Metodología

Desde la estructuración metodológica, la investigación apunta en primer lugar a generar conocimientos a partir del trabajo de campo y la aplicación de técnicas interrogativas y participativas, entre ellas, recorridos urbanos, encuestas sociales las entrevistas en profundidad y observación participativa.

De manera sintética es posible establecer tres etapas metodológicas generales a desarrollar:

- La primera instancia apunta a caracterizar la estructuración formal actual de la ciudad de Resistencia, desde la perspectiva de los grados de seguridad relativa de sus barrios visto por los ciudadanos, la fuerza policial y los medios de comunicación, y en segundo lugar indagar los procesos generales que actúan de marco o contexto en la conformación de espacios peligrosos o inseguros a escala urbana, de modo de comprender el proceso de configuración de las unidades de análisis como tales.

- La segunda instancia metodológica apunta a la explicación de los fenómenos establecidos en la instancia anterior. El análisis de los elementos y factores espaciales implícitos en las percepciones y las vivencias de seguridad/inseguridad en las unidades de estudio, permitirá explicar de modo funcional la cuestión, a fin de precisar por qué operaron y operan los procesos identificados de maneras diferenciales según los agentes involucrados y cuáles son las interacciones, reacciones y contradicciones descubiertas en cada caso.

- La tercera instancia, interpretativa, completa los pasos a seguir e implica un planteo integral y sintético. Se trata de representar resumidamente las principales pautas explicativas identificadas en la instancia anterior, para hacerlas más comprensibles de modo que puedan manejarse con agilidad en procesos analógicos y esquematizarse con mayor facilidad y claridad. Para ello se analizó la dinámica espacial surgida de la percepción y de las vivencias de seguridad/inseguridad en los casos de estudio, a fin de esclarecer las implicancias de la estigmatización de ciertos espacios, tanto a nivel de los residentes internos como de los habitantes de las áreas colindantes y del resto de la ciudad, dilucidando los mecanismos de retroalimentación que contribuyen a afianzar la topofobia, es decir el rechazo por ciertas áreas, las que a su vez se configuran como “zonas liberadas” por su condición de riesgo.

Resultados

Sectorización perceptiva de la ciudad por parte de la ciudadanía.

En relación a la percepción de seguridad en la ciudad de Resistencia por parte de la ciudadanía, se ha realizado encuestas aleatorias mediante el método de muestreo en distintos sectores de la ciudad y de manera aleatoria.

La consulta a los ciudadanos en base a encuestas y en manifestaciones vertidas fuera de ellas tuvo como objetivo la contrastación entre el discurso oficial de y la percepción de seguridad delictiva de los resistencianos.

El conjunto de análisis realizados a los datos recabados, arrojaron como resultado fundamental una percepción de inseguridad diseminada por toda la ciudad: “no existen lugares seguros hoy en día” afirmaba un encuestado.

No obstante al consultarse acerca de los barrios más inseguros o estigmatizados por la inseguridad comenzó a vislumbrarse cierta concentración en determinados sectores de la ciudad.

Las encuestas consistieron en este ítem en indagar específicamente sobre los barrios más asociados a la inseguridad, y los factores que influyen en dicha percepción. A su vez se incursionó sobre experiencias en dichas unidades barriales, que alimentan la percepción de inseguridad.

Los resultados arrojaron unidades barriales de diferentes tipologías, desde villas espontáneas hasta barrios planificados de la ciudad de Resistencia, pero la mayoría de ellos en el área periférica de la ciudad.

En cuanto a las experiencias sondeadas, comienzan a evidenciarse determinadas experiencias que, paulatinamente diferencian unidades barriales más emblemáticas; como por ejemplo, el caso “de los ratitas”, una pandilla de pequeños rateros que trascendieron a los medios, fundamentalmente por el trágico desenlace que tuvieron algunos de sus miembros, como así también varios hechos criminales que tiñeron las crónicas policiales de los matutinos.

Mediante la tabla de frecuencia elaborada se pueden distinguir unidades barriales coincidentes considerados sectores inseguros por parte de la ciudadanía.

Tablan° 1: frecuencia de unidades barriales considerados sectores inseguros por parte de la ciudadanía.

Unidades Barriales	Frecuencia
Guiraldes	71
Villa Prosperidad	56
Toba	50
Juan Bautista Alberdi	47
Villa Don Rafael	40

Tabla similar podemos anexar en base a las entrevistas del personal directivo de la Dirección de seguridad metropolitana.

En las instancias de interpretación de las de dichas técnicas interrogativas surgen diversos sectores intraurbanos alarmantes: barrios con una larga trayectoria siendo iconos de la inseguridad, donde los más notorios han sido los que integran la seccional metropolitana 5ª, donde se destacan los barrios Guiraldes y Juan Bautista Alberdi, y otros asentamientos del sur de la ciudad. Otro sector considerado conflictivo es el de la jurisdicción 8ª, principalmente Villa Prosperidad, Don Bosco y Villa Don Rafael. Con respecto a ésta última jurisdicción se ha detectado, un traslado en la ubicación de la comisaría, la cual abandono villa San Martín para instalarse en el corazón de Villa Prosperidad, motivada por razones estratégicas y de necesidades.

Tabla n°2: unidades barriales peligrosas según la Dirección de seguridad metropolitana.

Unidades barriales/sectores urbanos, destacados en las entrevistas	Jurisdicciones Policiales.
Barrios Guiraldes	Comisaría 5ª
Barrio Juan Bautista Alberdi	Comisaría 5ª
Barrio Toba	Comisaría 10ª
Villa Prosperidad	Comisaría 8ª
Barrio Don Bosco	Comisaría 8ª
Villa Don Rafael	Comisaría 8ª

Distribución de los espacios estigmatizados en Resistencia

La distribución de los barrios estigmatizados (Fig. 1) evidencia una notable concentración hacia el sector este-sudeste de la ciudad, en donde predominan elevados niveles de frecuencia estadística. Hacia el oeste los valores son en general mucho menores, aunque aparecen algunos barrios aislados con una frecuencia estadística considerable.

En el plano de la ciudad se han incorporado algunos de los topónimos de los barrios mencionados con mayor frecuencia; son dos los casos emblemáticos (con frecuencias estadísticas superiores a cincuenta): el barrio Güiraldes, hacia el cuadrante sudeste, y Villa Prosperidad, hacia el nordeste.

Ambos barrios presentan muy distintos procesos de génesis y de configuración geohistórica:

- El barrio Güiraldes es un barrio planificado que surgió en la década de 1970. Las unidades habitacionales consisten en torres de tres niveles cada una, con patios y sectores verdes compartidos, escaleras exteriores y pasillos que comunican las torres. Presenta hoy en día una infraestructura deteriorada por el paso del tiempo y por densidades de población sumamente elevadas.

- Villa Prosperidad constituye una entidad barrial cuya génesis fue espontánea, lo que se evidencia en el trazado de sus calles y en la misma expansión de las viviendas. Surge en la década de 1960 y 1970, y se considera una de las villas tradicionales de la ciudad. Sin duda la presencia de grandes extensiones de espacios lacustres, propios del sitio de la ciudad, ha condicionado las posibilidades de expansión del barrio y ha acarreado numerosos problemas, entre ellos inundaciones en épocas de lluvias intensas y presencia de basurales en las áreas más bajas de la villa.

Es notable cómo unidades de tan diferente origen y con situaciones habitacionales distintas padecen el mismo estigma y catalogación espacial. En este sentido los estudios de victimización mencionan diversos factores en la configuración de espacios de este tipo: “[...] condiciones personales (edad sexo, lugar de residencia, etc.), condiciones sociales (entorno, trabajo, etc.), redes de socialización y hábitos de vida, mayor o menor vulnerabilidad a los medios de comunicación de masas, entre otros” (Naredo, 1998: 4).

A fin de profundizar acerca de los mecanismos del proceso de estigmatización y de sus factores condicionantes se seleccionó a Villa Prosperidad como caso de estudio. Esta elección fue motivada por diversas razones: por su ubicación cercana al macrocentro de la ciudad, por sus condiciones de edificación muy contrastadas, por la presencia de condicionantes de orden físico vinculados al sitio geográfico de su localización y, fundamentalmente, por la cantidad de relatos e imágenes, recogidos en las encuestas, que, en referencia a este barrio, esgrimieron los ciudadanos.

En el marco espacial mucho más acotado, representado por la villa, se implementaron técnicas que dieran cuenta de los aspectos vivenciales del devenir cotidiano de sus residentes. En este sentido se realizaron historias de vida y entrevistas semiestructuradas a vecinos que han residido en el barrio por un largo período de tiempo, con el objetivo de indagar acerca de posibles

síntomas de estigmatización secundaria en sus discursos y relatos, y, además, con el de elaborar una crónica geo-histórica del barrio que contemplara sus antecedentes y sucesos trascendentes. Por otro lado, se dialogó con el personal policial de la comisaría 8ª, responsable de la seguridad del barrio, a fin de que manifestaran el discurso y la óptica institucional referente a la villa.

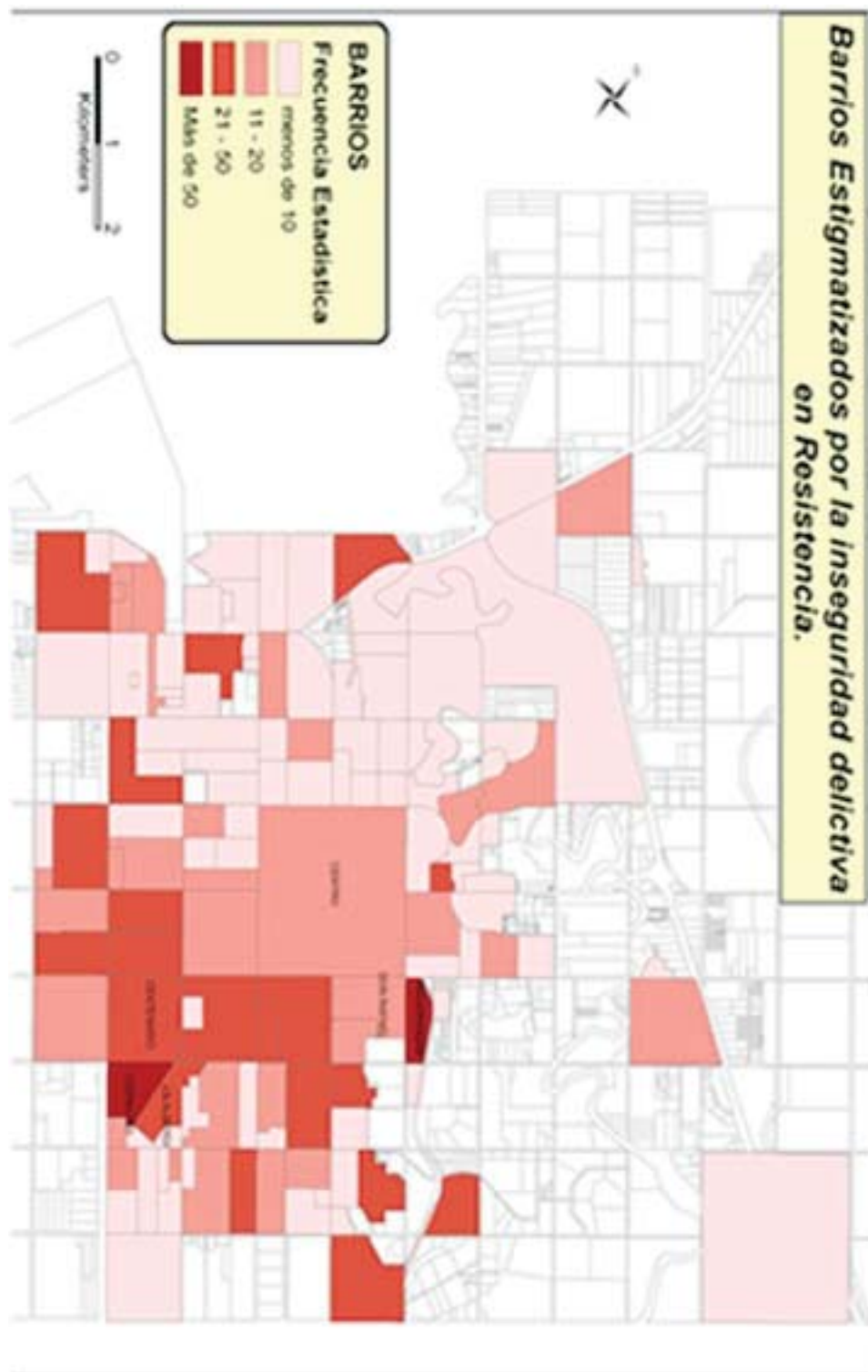


Figura 1. Plano de Resistencia con niveles de estigmatización delictiva por barrios.
Datos: Encuestas de percepción realizadas en el área metropolitana, 2010.

Villa Prosperidad como espacio estigmatizado

Villa Prosperidad (figura 5) es uno de los asentamientos tradicionales de la ciudad. Su constitución como barrio se remonta a la década de 1960-1970, cuando surge de manera espontánea, con diversas carencias de infraestructura y defectuosamente vinculada al resto de la ciudad. Sus inicios estuvieron vinculados, en gran parte, con la crisis del cultivo del algodón y con la expulsión de población rural que encontró en Resistencia una posibilidad de subsistencia. Según los relatos de los vecinos históricos del lugar, “las primeras viviendas precarias” fueron construidas en zonas bajas de cañadas y lagunas.



Fuente: Elaboración propia en base al Programa Google earth.

Las percepciones negativas del lugar se arraigaban cada vez más mediante la consolidación de nuevas viviendas precarias, el surgimiento de episodios delictuales y la presencia de jóvenes delincuentes, los cuales tenían su domicilio en el corazón de la villa. Según expresa una vecina: “al principio eran unas familias las que se dedicaban a robar, y estaban bien identificadas en el barrio, pero luego comenzaron a llegar más personas de mal vivir y comenzó a tener fama la villa” (Leonor Acosta, entrevista 2011).

El espacio además era despectivamente connotado por cuanto se situaba en un área periférica, siendo la avenida Paraguay —situada a varias cuadras antes del acceso sur del barrio— el límite simbólico entre lo seguro y lo inseguro.

Con el transcurrir del tiempo, su “fama” de peligrosidad fue aumentando y se convirtió en un núcleo espacial que imponía un cuidado y una alerta especial en el momento de circular por el mismo y que, en su versión más severa, se evitaba directamente transitar por él.

Oficialmente este barrio es custodiado por la seccional octava, la cual hasta el año 2001 se encontraba ubicada en Villa San Martín, otra unidad barrial aledaña a Villa Prosperidad.

Las razones de este traslado son diversas, según lo manifestado por los efectivos policiales de la comisaría, entre ellas por “el hecho de que es una de las zonas de la ciudad en donde se realizan frecuentes operativos de búsqueda de personas responsables de delitos” (Oficial Gutiérrez, entrevista 2010), y, extraoficialmente, porque son catalogadas como un área de “aguantadero” de malhechores.

He aquí uno de los puntos, quizá más críticos, de la cuestión: la generalización de las “etiquetas”, que no solo se aplican a los verdaderos malhechores sino también a las personas trabajadoras residentes de este barrio, ciudadanos que, producto en gran medida del bajo costo de los terrenos, han encontrado allí su lugar. En diálogo con algunos residentes, una madre relataba que sus hijos siempre debían ir a la casa de sus amigos para realizar las tareas escolares o para estudiar, pues los padres de los mismos “no les permiten ir a la suya” (Sra. Carmen, entrevista 2011).

A su vez, es evidente la coexistencia de opiniones, de discursos antagónicos entre la estigmatización elaborada por los ciudadanos del resto de la ciudad y lo manifestado por los habitantes del barrio, quienes afirman que la Villa “no es tan insegura como se cree” (Sr. Carlos, Sr. Zulma y Sra. Carmen, entrevistas 2011).

La opinión de la mayoría de los vecinos coincide acerca del notable desconocimiento de la situación real del barrio por parte del resto de la ciudadanía de Resistencia, quienes son presa de nociones “estereotipadas”, sin tener un conocimiento real de la zona. Aceptan que existen vecinos que se dedican a delinquir y que constantemente tienen problemas con la policía, pero —según los vecinos— ellos son una “minoría”, pues la inmensa mayoría “es gente trabajadora”.

En esta instancia se destaca otro de los puntos constituyentes del universo de los imaginarios urbanos: el desconocimiento real del espacio. Alberto del Campo Tejedor esboza que a “menor conocimiento y contacto de los ciudadanos, más estigmatizante era la imagen que se tenía de los barrios periféricos de Sevilla” (2003, 11); similar relación se observa con la variable distancia: a mayor lejanía física, más estereotipada y negativa era la opinión de los informantes. Entonces el imaginario o representación mental del espacio viene a llenar el vacío que deja la falta de conocimiento del mismo; viene a reemplazar las experiencias directas del individuo con su ciudad.

En tal sentido, es posible establecer dos polos imaginarios en torno al asunto: la realidad vivida por los residentes del barrio y la realidad construida a partir de los flujos inmateriales y los relatos que hablan de él. Esto significa la coexistencia de dos discursos antagónicos, simplificados tanto en la idea de normalidad, desde el punto de vista de los residentes, como en el concepto de aguantaderos de marginalidad, desde la visión del resto de la sociedad local.

Las causas de la estigmatización —siempre complejas—, como se ha mencionado más arriba, responden a un sinfín de factores históricos, económicos políticos, e individuales, cuyo análisis proporciona las claves para comprender “la identidad deteriorada” —en palabras de Goffman (1963)— que sufren los vecinos de Villa Prosperidad.

Los factores decisivos hallados en la base de la estigmatización de nuestro caso particular integran el contexto espacial y socioeconómico:

- La propia ubicación física del barrio contribuyó enormemente a la estigmatización, pues se trata de un área signada por zonas lacustres, bajas e inundables, con presencia de basurales y de grandes espacios descampados. Hoy en día las edificaciones precarias de Villa Prosperidad siguen avanzando sobre las lagunas circundantes.
- Las precarias viviendas, junto con la deficiente infraestructura urbana y de servicios públicos (pues se trata de una villa espontánea, no planificada), contribuyeron a recrear la imagen de zona deteriorada degradada. Esto se vivió durante muchos años hasta la aparición del pavimento, que contribuyó a mejorar en parte las condiciones del barrio.
- Dado que se trata de terrenos de bajo valor económico, familias con poder adquisitivo disminuido se han ubicado en dicho lugar.

De este modo, la imagen profundamente estigmatizadora, y en cierta medida distorsionada, que nació y se desarrolló desde los mismos orígenes del barrio, ha sido mantenida y amplificada durante el transcurso de los años. Bandas de pequeños rateros han trascendido al escenario público, tal es el caso de “los ratitas de Villa Prosperidad”, que han ayudado a que esa imagen se afiance.

La reciente inauguración del pavimento ha significado un gran avance frente a los factores que han ido modelando la estigmatización espacial, pero, no obstante, el estigma del barrio como una zona de delincuencia y drogadicción, de miseria y de suciedad (todavía hoy se perciben basurales cercanos a las unidades estigmatizadas) se mantiene y retroalimenta.

Algunas de las consecuencias más importantes en relación con estas imágenes espaciales distorsionadas halladas consisten en:

- Es un espacio evitado por la ciudadanía.
- Menor radicación de comercios y de otras casas de servicios varios, lo que provoca el consecuente traslado cotidiano de los residentes hacia otros barrios, teniendo que transitar en algunos casos distancias considerables.
- Desvalorización de los terrenos e inmuebles contenidos en los límites geográficos de los sectores estigmatizados.
- Desmotivación de los residentes de los barrios, falta de inversión en las viviendas de las personas de ingresos medios.
- Dificultad en el ingreso al mercado laboral de las personas que viven en los sectores estigmatizados debido a su lugar de residencia.
- Discriminación sistemática, aislamiento.

Conclusiones

Como se ha visto, en la experiencia cotidiana, a veces conscientes, otras no, los ciudadanos interactúan con distintos sectores de la ciudad, con múltiples porciones urbanas que presentan diversas configuraciones históricas, que tienen particularidades que las distinguen del resto de sus semejantes. Son ejemplos de esto los famosos barrios étnicos de New York, en donde la coexistencia de barrios “chinos”, “italianos”, “judíos” y “negros” está asociada con la idiosincrasia de esas comunidades.

Los ciudadanos que residen en toda ciudad del mundo, atendiendo a su campo perceptual, interpretativo y “normalizado” del espacio, elaboran sectorizaciones diversas, entre ellas, las vinculadas a la inseguridad delictiva, en las que entran en litigio los sectores seguros e inseguros con aquellos que son neutros o valorados como espacios intermedios. En tal sentido puede avizorarse la trama oculta de la estigmatización, apropiadamente expuesta por Reguillo Cruz: “Los miedos son individualmente experimentados, socialmente construidos y culturalmente compartidos” (2006, 32). Incorpora así a su planteamiento tres componentes indisociables: el individuo, la sociedad, en su dimensión activa y modelante, y el tejido simbólico, que anuda la relación entre ellos.

El prometedor desarrollo teórico realizado por Alicia Lindón (2007b,) sitúa a los imaginarios urbanos como producto de la interacción social a partir de las experiencias vitales de los individuos:

Imaginarios son colectivos —son sociales, son compartidos socialmente— [...] se construyen a partir de discursos, de retóricas y prácticas sociales. Una vez construidos tienen la capacidad de influir y orientar las prácticas y los discursos, sin que ello implique que quedan inmóviles [...]. Por eso producen efectos concretos sobre los sujetos, efectos de realidad [...] que son guías para la acción. (Lindón 2007b, 9-10)

Los imaginarios, las percepciones y las conductas nos permiten hallar y descifrar respuestas al porqué de las acciones de los sujetos sociales.

Las imágenes vinculadas a la inseguridad delictiva no surgen de modo repentino, sino que son el resultado de complejos procesos situados en el espacio, vinculados a la misma dinámica transformadora de la realidad citadina: “[...] los imaginarios no se configuran fuera de los contextos y procesos históricos, sino dentro de ellos. Por eso tampoco son inmutables” (Lindón 2007c, 37).

Es así como la legendaria idea de topofobia —expresada y estudiada por el geógrafo Yi-Fu Tuán (1974)— y la de prácticas limitadas por el miedo se han convertido en un elemento con categoría espacial, pasible de cartografiarse, y en factor limitante de la movilidad y de las intenciones de ocio y recreación.

Si bien son diversos los condicionantes que intervienen en la valoración de los espacios inseguros, sí es posible destacar la estrecha relación con la actividad delictiva de la ciudad (hechos concretos y tangibles), lo que desnuda las emociones de temor ciudadano. La ocurrencia de hechos delictuales y su mayor frecuencia son disparadores de una conciencia de vulnerabilidad social que pone en tela de juicio la idoneidad y la eficacia de los organismos responsables de estas áreas, y que a su vez retroalimenta y maximiza dicha sensación de vulnerabilidad primaria, lo que genera un ciclo de temor, pues la ausencia de los medios de control público agudiza la situación.

Otro de los universos actuantes que coadyuva en la cualificación espacial está integrado por los medios facilitadores de la ocurrencia de delitos: las formas o diseños urbanos, los niveles socioeconómicos, la transitabilidad de las calles, el efecto del pavimento —y su antípoda, expresada en la calle de tierra—, la luminosidad que presentan los bulevares y avenidas en contraposición con las calles barriales, el centro y la periferia. A su vez, no es menor el rol que los medios de comunicación desarrollan, fundamentalmente como catalizadores del fenómeno.

A los elementos del orden antrópico se le agregan las características físicas de los sitios: la presencia de lagunas y zonas bajas son la base generadora de basurales o sitios de depósito de residuos, que también se encuentran en lugares cercanos a cursos fluviales o en descampados.

Todo lo mencionado son solo algunos factores, de la infinidad existente, que configuran imaginarios de identidad degradada del espacio o estigmatización espacial.

Para hallar soluciones a esta problemática es necesario establecer diversas líneas de acción, entre las cuales se cuentan los esfuerzos dirigidos a responder cómo se consolida un estigma espacial y en qué proporciones intervienen los elementos determinantes del estigma.

La perdurabilidad en el tiempo de determinadas percepciones sobre una porción del espacio resulta, evidentemente, un factor excluyente, pero al parecer la cuestión sobrepasa los aspectos del campo perceptual para debatirse en otro nivel. En este sentido las expresiones de Rossana Reguillo Cruz sugieren otros niveles de análisis:

Dotar las percepciones de la inseguridad de un territorio significa una victoria, en cuanto confiere la ilusión de que controlar el lugar hace posible contener sus efectos desestabilizadores. Las relaciones entre territorio (emplazamiento) y seguridad/inseguridad develan los complejos mecanismos por medio de los cuales se elaboran los mapas subjetivos de la ciudad imaginada que repercuten fuertemente en la ciudad practicada. En esta articulación, el binomio territorio-seguridad, produce—para el actor urbano, las zonas de riesgo cero, y el del territorio— inseguridad, las zonas de alto riesgo. (2006, 36)

Según se interpreta, resultan necesarios los estigmas espaciales de la inseguridad, en el sentido de que delimitar su localización, definir sus fronteras y recluir las fuerzas que generan pánico en un lugar específico permite calmar ciertas ansiedades ciudadanas y adoptar actitudes normalizadas en la interacción cotidiana con el espacio urbano puesto que el establecimiento de puntos críticos en la ciudad contribuye a tomar los recaudos necesarios.

Por lo tanto, la convergencia de distintas fuerzas que modelan, configuran, reelaboran y construyen la complejidad de la ciudad como “fenómeno ecológico humano” es el principal arquitecto de las porciones urbanas inseguras a evitar, y, en términos macro-escalares, estas circunstancias no son más que manifestaciones de la modernidad (llamada por Bauman “modernidad líquida” y “miedos líquidos”), que no repercuten de manera similar en las sociedades, puesto que es evidente que no resulta parecido hablar de peligrosidad e inseguridad en la ciudad de Luxemburgo, Puerto Príncipe, Buenos Aires, Río de Janeiro, Berlín o Bogotá; cada metrópoli partirá de una base diferente, determinada por la conjunción de aspectos de su

devenir económico, político, histórico y cultural, que se manifiesta trascendental para deshilvanar el entramado imaginal de sus respectivos espacios.

La circulación inmaterial, enmarcada dentro de la expansión material de las urbes, incorpora un elemento imprescindible para mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, que quizás no se plasme en los indicadores socio-demográficos convencionales, pero que sí tiene gran trascendencia en el devenir cotidiano, en el día a día, en donde lo cercano se vuelve más lejano cuando las representaciones negativas tienen eco en las relaciones espaciales y sociales.

Es por ello que se hace necesario generar procesos deconstructivos, o más bien reconstructivos, de los estigmas espaciales, lo que en su implementación posibilitará la integración de los lugares negativamente estigmatizados, excluidos e invisibles a los ojos de los ciudadanos, permitiendo su inclusión en los flujos de circulación urbana y desechando las etiquetas de sus residentes.

Estos procesos solo podrán encontrar viabilidad en el contexto de un trabajo coordinado entre los diferentes actores sociales que, directa o indirectamente, están implicados en la generación de significados espaciales: en primer lugar, la comuna, en su calidad de administradora de la ciudad; los ciudadanos, en tanto crean y recrean los significados espaciales, y, fundamentalmente, los medios de comunicación (televisión, radio y prensa escrita), encargados de difundir y generalizar en mayor medida dichos significados.

Fuentes y bibliografía:

- AVENDAÑO FLORES, Isabel, (2001). *Una geografía del crimen: patrones, tendencias y percepciones urbanas*. San José. Costa Rica. Escuela de Geografía
- CARRION MENA, Fernando y NUNEZ-VEGA, Jorge. (2006). “*La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo.*” Revista EURE (Santiago), vol.32, n°97, 7-16. Chile
- CARRION M. Fernando. (2007). “*La Geografía del delito.*” En: CIUDAD SEGURA. Programa Estudios de la ciudad. FLACSO –Ecuador. n° 17.
- DAMMERT, L. (2001). “*Construyendo ciudades inseguras: temor y violencia en Argentina.*” En: Revista EURE (Santiago). Vol.27, N° 82, 5-20. Chile.
- GOFFMAN, Erving (1968). *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires. Amorrortu editores. 2006.
- HIERNAUX, D. y LINDÓN, A. (directores) (2006) *Tratado de Geografía Humana*. Barcelona. Anthropos Editorial.
- LINDON, Alicia. (2007). “*El constructivismo geográfico y las aproximaciones cualitativas.*” Revista de Geografía Norte Grande., n°37, 5-21.
- LINDÓN, Alicia. (2007) “*Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales.*” EURE (Santiago), vol.33, n°99, p.31-46.
- LINDÓN, Alicia. (2007) “*La ciudad y la ida urbana a través de los imaginarios urbanos.*” EURE (Santiago), vol.33, n°99, 7-16.
- NAREDO, María (1998). “*Seguridad y ciudadanía: necesidad de un pacto de convivencia.*” En: Jornadas “ciudades más seguras”. Buenos Aires.
- RAITER, Alejandro, (2002) “*Representaciones Sociales*”, Buenos Aires. Cap.I, Ed. Eudeba.
- CAMPO TEJEDOR, ALBERTO DEL. (2003). “*Investigar y deconstruir el estigma en barrios marginales. Un estudio de caso.*” Sevilla(España. Revista de la Universidad Pablo de Olavide. Dpto. de Trabajo Social y Ciencias Sociales.
- SANTARELLI, Silvia y CAMPOS, Marta. (2002). *Corrientes epistemológicas. Metodología y prácticas en Geografía*. Bahía Blanca, Argentina; Departamento de Economía, Universidad Nacional del Sur.